

EL INSTITUTO DE SAN ISIDRO DE MADRID Y SU BIBLIOTECA EN EL SIGLO XIX

Sumario: El instituto de San Isidro y la revolución liberal en la educación.—Las bibliotecas de los centros de enseñanza en el siglo XIX.—La biblioteca del instituto de San Isidro.

Como muestra de los cambios que acompañan el tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad liberal este artículo analiza el surgimiento y evolución de la biblioteca de un centro de enseñanza secundaria de la España decimonónica, que nace como expresión de los nuevos tiempos y las nuevas ideas, pero que tiene que soportar los lastres que conllevan las peculiaridades y contradicciones de la «vía española» hacia la modernidad.

La biblioteca que nos ocupa alberga actualmente un fondo antiguo considerable, pero que se ha formado de una manera un tanto irregular, no desde una voluntad política clara, sino por la propia «evolución natural» del centro y su devenir a lo largo de su existencia. Dentro del marco de la educación en general y, especialmente, teniendo en cuenta la relación con la Universidad de Madrid, pues Instituto y Universidad no se separan claramente hasta la Ley Moyano.

Uno de los problemas con que nos encontramos es la escasez de estudios sobre historia de la ciencia en general y sobre la historia del libro, de la edición y de las bibliotecas (especialmente si son públicas) en particular. Como una pequeña aportación para ir colmando la laguna investigadora existente hoy día presentamos el siguiente texto.

1. *El instituto de San Isidro y la revolución liberal en la educación*

1.1. La revolución liberal en la educación

En 1845 nace el instituto de San Isidro (ISI) dentro del marco histórico de la revolución liberal, que acarrea cambios desde el

punto de vista político (régimen parlamentario, monarquía liberal, división de poderes...), económico (desamortización y normativa que crea un nuevo tipo de relaciones económicas) y socio-cultural (triunfo de la burguesía y sus valores). Como consecuencia de ello aparece la necesidad de formar ciudadanos —frente a los súbditos del Antiguo Régimen— en los que reside la soberanía y por ende de crear centros de educación para formar a las personas que van a ejercer esa soberanía, al tiempo que se desarrolla la prensa periódica y otras formas de socialización y difusión de ideas y valores.

Dentro de estos cambios, la educación jugará un papel esencial y el Estado se va a encargar de su promoción.

Ya desde la Constitución de Cádiz se sientan las bases del futuro sistema liberal de enseñanza (título IX: «de la instrucción pública») que serán desarrolladas posteriormente en el informe Quintana (donde aparece por primera vez la división entre enseñanza primaria, secundaria y universitaria).

Va tomando cuerpo en la educación, el nivel de estudios situado entre las primeras letras y la universidad. Al tiempo que se señala su importancia en la nueva sociedad que se está perfilando. Según se recoge en el dictamen de la Comisión constitucional de las Cortes de Cádiz que debate el informe Quintana:

La falta de esta segunda enseñanza es, en sentir de la Comisión, la principal causa del atraso en que se halla la educación en nuestra monarquía; porque en esta nación, tan favorecida de la naturaleza y tan distinguida por el ingenio de sus habitantes, casi se carecía absolutamente de una segunda educación, intermedia entre la niñez y la que servía para una profesión literaria¹.

Se critica la situación previa de la que se parte en que se carece de enseñanza secundaria con «entidad propia» (el grado de bachiller se obtiene en la misma universidad). Sin embargo, de la crítica de la educación del Antiguo Régimen no surge una sociedad radicalmente distinta, sino una mezcla de lo nuevo que se pretende imponer y de la herencia del pasado; con el tiempo se irán abandonando algunos de los ideales liberales del primer momento (gratuidad, secularización, libertad de enseñanza, etc.).

¹ Tomado de: Manuel de Puelles Benítez, *Educación e ideología en la España contemporánea*, Madrid, Labor, 1986, p. 65.

Otro paso importante fue el Reglamento general de Instrucción Pública de 29 de junio de 1821, que conlleva la puesta en práctica durante el Trienio liberal de las propuestas de Cádiz, que crea las denominadas universidades de provincia (futuros institutos), detalla las cátedras que deberían existir en las mismas (gramática castellana y lengua latina, geografía y cronología, literatura e historia, matemáticas puras, física, química, mineralogía y geología, botánica y agricultura, zoología, lógica y gramática general, economía política y estadística, moral y derecho natural, derecho público y Constitución) y que pone de manifiesto la necesidad de contar con una biblioteca pública en cada una de las universidades de provincia.

A partir de la muerte de Fernando VII se afianza la revolución liberal y se busca regular la enseñanza en sus diferentes niveles a través de varios intentos: el Plan general de Instrucción Pública del duque de Rivas (1836), la Ley Someruelos (1838) y el proyecto Infante (1841), que, por problemas políticos en muchos casos, no se llevan a la práctica.

En los años cuarenta los moderados llegan al poder y organizan la enseñanza de manera más estable.

El 17 de septiembre de 1845 se aprueba por Real Decreto el Plan general de Estudios de Pedro José Pidal (Ministro de la Gobernación); que contiene, en lo que a la segunda enseñanza se refiere, los siguientes aspectos de interés: la enseñanza secundaria se divide en dos niveles: elemental y ampliación; se crean tres tipos de institutos: de 1ª, de 2ª y de 3ª clase (el de San Isidro es uno de los de primera clase); el territorio se divide administrativamente en distritos universitarios de los que dependen los institutos, que están integrados en las facultades de filosofía; y, también, establece los medios de financiación de los centros, que es triple: el producto de las matrículas y grados, las rentas propias y la financiación provincial y/o estatal.

La culminación del proceso es la famosa Ley de Claudio Moyano de 1857. Los institutos se desligan de la facultad de filosofía y adquieren autonomía propia, ofreciendo el grado de bachiller en artes.

Con la ley Moyano y el Reglamento de los Establecimientos de Segunda Enseñanza de 22 de mayo de 1859 se sientan las bases definitivas que permitirán el desarrollo de los centros educativos de enseñanza secundaria.

Sin embargo, pronto aparecerán las críticas, desde posturas más progresistas, hacia un sistema que servía para formar a unas clases

sociales que podían mandar a sus hijos a realizar estudios, pero que dejaba desatendidos a los grupos que no contaban con los medios suficientes.

El desarrollo de los institutos continuará, enriqueciéndose con materiales para su labor docente (entre ellos libros para constituir bibliotecas), sin embargo la sensación de que los medios con que contaban eran insuficientes irá en aumento; cuando a final de siglo el desastre del 98 sacuda las conciencias de la intelectualidad hispana, muchas miradas se volverán hacia el sistema de enseñanza y cómo había que mejorarlo para conseguir la «regeneración de España».

1.2. El instituto de San Isidro

El instituto de San Isidro es una de las instituciones educativas de la capital de España con más solera, es depositaria de una larga tradición en el campo de la enseñanza y cuenta con el reconocimiento de gran parte de los habitantes de Madrid.

Ubicado en el centro histórico de la ciudad, muy cerca de la plaza Mayor, en la intersección de las calles de Toledo y de los Estudios, junto a la colegiata de San Isidro, alberga en su interior muestras de la arquitectura barroca como el claustro de Melchor de Bueiras y la capilla de la Inmaculada².

En 1845 realmente no se crea nada nuevo, sino que se adapta lo que ya existía. En nuestro caso se transforman los Estudios Nacionales.

Estos Estudios Nacionales no eran sino los Reales Estudios creados por Carlos III, inaugurados el 21 de octubre de 1771 (herederos del Colegio Imperial y sus Reales Estudios)³. Éstos tendrán una gran importancia para la historia de las bibliotecas porque contaban con una de las más importantes de Madrid⁴.

² Véase: Ramón Ezquerro Abadía, «La Capilla de la Concepción del Colegio Imperial», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, tomo IX (1973), pp. 173-224.

³ Véase: José Simón Díaz, *Historia del Colegio Imperial de Madrid: del Estudio de la Villa al Instituto de San Isidro: años 1346-1955*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1992, 2ª ed.

⁴ Para cuyo estudio contamos con la siguiente tesis doctoral: Aurora Miguel Alonso, *La biblioteca de los Reales Estudios de San Isidro*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1992.

En 1821 se crea la Universidad Central en Madrid, trasladando la vieja universidad complutense y estableciéndola en el edificio de los Reales Estudios. Aunque después volviese temporalmente a Alcalá de Henares, los Reales Estudios de San Isidro estarán unidos en adelante a la universidad madrileña.

En 1845 los Reales Estudios (conocidos en esos años como Estudios Nacionales de San Isidro) dejan de existir como tales y se dividen entre el Instituto y la Universidad: el edificio estaba compartido entre la Facultad de Filosofía y el ISI; las rentas son gestionadas por la Universidad, aunque el ISI se consideró heredero de las mismas, y las reclamará al Estado cuando le sean desamortizadas por la Ley Madoz de 1855; el profesorado se integra en la Universidad y el ISI (ej. Juan Díaz de Baeza, primer director del instituto, fue profesor de los Estudios Nacionales); el material de los distintos gabinetes se reparte; y, finalmente, la biblioteca de San Isidro pasa a formar parte de la Universidad, aunque físicamente se encuentra en el edificio del ISI.

A partir de 1845 el centro va evolucionando⁵. El periodo situado entre 1845 y 1857 se puede considerar de formación. Desde 1857, con la Ley Moyano, la enseñanza secundaria se desliga de las facultades de filosofía. En nuestro caso el ISI creará su propia secretaría segregándose de la secretaría general de la universidad.

El Reglamento de los Establecimientos de Segunda Enseñanza (22 de mayo de 1859) supone la organización definitiva de estas instituciones. El mismo reglamento establece la obligatoriedad de elaborar anualmente unas memorias (que debían recoger datos del curso anterior: incidencias, número de alumnos matriculados, profesorado, incremento del material científico, situación económica, etc.) a través de las cuales podemos conocer actualmente diversos aspectos de los centros y, también, de sus bibliotecas.

Uno de los problemas constantes desde su nacimiento, y que afectará a todos los aspectos de la institución (incluyendo, por supuesto, la biblioteca) es la cuestión económica. La financiación

⁵ Para el estudio del instituto a partir de 1845 la obra más completa y documentada es: Alfonso Navarro Jurado, *Historia del Instituto de Segunda Enseñanza San Isidro, de Madrid (1845-1936)*. Tesis doctoral leída el 18 de noviembre de 1991 en la Facultad de Educación (Departamento de Teoría e Historia de la Educación) de la Universidad Complutense de Madrid. Sin publicar.

proviene de sus propias rentas y de las aportaciones del Estado y de los alumnos que cursaban estudios.

El centro tiene que hacer frente a diversos desafíos: en primer lugar el tema de la financiación, un problema endémico de las organizaciones educativas; en segundo lugar la conservación de un vetusto edificio con múltiples problemas, difícil de mantener y compartido con otras corporaciones y en tercer lugar la necesidad de dotarse del material científico adecuado: una preocupación constante de los responsables del ISI, para dotar los gabinetes, las cátedras y la biblioteca.

El centro tuvo que luchar siempre con la escasez de recursos: obteniendo balances negativos en sus saldos contables. En los años setenta⁶ consigue aliviar sus problemas presupuestarios con los ingresos que recibe de los bienes que le habían sido injustamente desamortizados en ejecución de la ley Madoz de los años cincuenta.

A partir del curso 1877-78 comienza a dedicarse una parte de los derechos académicos para la adquisición de material científico; un hecho, que como veremos, será de trascendental importancia para el incremento de los fondos de la biblioteca.

2. *Las bibliotecas de los centros de enseñanza en el siglo XIX*

Desgraciadamente aún no existen en nuestro país estudios detallados que nos informen acerca de las bibliotecas públicas y de centros de enseñanza⁷ en la España decimonónica; ni tampoco estu-

⁶ Durante el curso 1869-70 comienza a llegar de la Tesorería de la Hacienda pública parte del dinero que le correspondía «en concepto de anticipo por intereses vencidos de sus bienes enajenados», y que fue dedicado fundamentalmente a material científico. Según consta en la: *Memo-ria acerca del estado del Instituto de San Isidro de Madrid (antiguos Estudios del Mismo nombre), leída el día 1º de Octubre de 1870 por el Director y Catedrático de Historia Natural del Establecimiento Dr. D. Sandalio de Pareda y Martínez, académico numerario de la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y de la de Medicina, en el acto solemne de la apertura del curso de 1870 á 1871, Madrid, Alejandro Gómez Fuentenebro, 1871.*

⁷ Ambas aparecen tan estrechamente unidas que es difícil separar la biblioteca de provincia de la biblioteca del instituto situado en la capital provincial hasta bien entrado el siglo XX. Pero, como veremos después, la biblioteca del instituto de San Isidro es una excepción a esta regla.

dios concretos acerca de tal o cual biblioteca, por lo que únicamente disponemos de obras muy generales, como los trabajos de Hipólito Escolar, o los artículos de Antonio Viñao o de Bernabé Bartolomé Martínez; y obras específicas como las de Aurora Miguel Alonso.

El siglo XIX es el siglo de consolidación de la biblioteca pública, que se expande, primero, en los países anglosajones y después por el resto de Europa. Es igualmente el siglo en que nacen los sistemas bibliotecarios nacionales.

En Inglaterra existe una presión social para acercar el libro a la ciudadanía, especialmente a las clases más pobres y alejadas de la educación.

Por contra en España existe una escasa presión social para influir sobre el gobierno en ese sentido y además no se crean bibliotecas fuera del ámbito de la administración, con algunas excepciones como las Sociedades Económicas de Amigos del País o las bibliotecas de agrupaciones o sociedades culturales como los Ateneos y las bibliotecas de sindicatos y partidos obreros; pero, en general se limitan a dar servicio a grupos reducidos y no al conjunto de la población como, en teoría, debe hacer la biblioteca pública.

A pesar del presupuesto anterior, en España se van a crear bibliotecas públicas en la pasada centuria, en dos momentos esenciales: en los años treinta y cuarenta en que nacen las bibliotecas provinciales⁸ y durante el Sexenio revolucionario cuando aparecen las bibliotecas populares⁹.

En ambos casos existen unas características similares: un impulso creador inicial potente, que se extingue con el tiempo, o que, al menos, pierde gran parte de su vigor.

⁸ Para su estudio, véanse estos artículos (aparte de la obra de Hipólito Escolar): Bernabé Bartolomé Martínez, «Las bibliotecas públicas y la lectura», *Leer y escribir en España: doscientos años de alfabetización*, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Pirámide, 1992, pp. 309-334; Bernabé Bartolomé Martínez, «Las bibliotecas públicas provinciales (1835-1885): un intento de promoción de la lectura en España», *Revista de Educación*, n° 288 (1989) enero-abril, pp. 271-304.

⁹ Aparte de la historia de las bibliotecas de Escolar Sobrino, véase: Antonio Viñao Frago, «A la cultura por la lectura. Las bibliotecas populares (1869-1885)», *Clases populares, cultura, educación. Siglos XIX-XX. Coloquio Hispano-francés*, Madrid, UNED, Casa de Velázquez, 1989, p. 301-335.

A causa de la desamortización eclesiástica la administración se encuentra con una ingente masa de libros y documentos, convertidos en bienes nacionales. Después de diversa normativa y decisiones errantes se decide crear bibliotecas provinciales (R.o. de 22 de septiembre de 1838) para albergar esos fondos. En realidad, al carecer tales bibliotecas de los medios económicos, materiales y humanos precisos, en muchos casos acaban en una dependencia del instituto provincial (recordemos que la legislación liberal había creado, al menos, uno en cada capital de provincia), ya que era la única institución para la que podía tener algún interés y utilidad esos fondos.

Sin embargo, nacen estas bibliotecas con un pesado lastre, la carencia de medios para su mantenimiento y desarrollo, que pesará sobre ellas a lo largo de toda la centuria; además existe un error de planificación bibliotecaria considerable: los fondos que originariamente integran tales bibliotecas (obras de teología, sermones, etc.) no se adecúan a las necesidades de unos centros de enseñanza nuevos, que en gran parte tienen una orientación científica y práctica, donde la especulación religiosa ya no ocupa el lugar central. Por lo tanto existe una clara dicotomía en las materias: por un lado los fondos procedentes de la desamortización (que tienen un escaso interés práctico) y por otro las nuevas adquisiciones (que se adecúan a los nuevos tiempos y a las necesidades de los centros).

La Ley Moyano supone un impulso para las bibliotecas (recordemos en este punto como en el siglo XIX las bibliotecas y la educación están muy unidas y hasta el XX no se van separando, permitiendo la proliferación de bibliotecas públicas no unidas necesariamente a un centro de enseñanza), así el artículo 163 proclama que «El Gobierno promoverá los aumentos y mejoras de las Bibliotecas existentes; cuidará de que en ninguna provincia deje de haber á lo ménos una Biblioteca pública, y dictará las disposiciones convenientes para que en cada una haya aquellas obras cuya lectura pueda ser más útil, atendidas las circunstancias especiales de la localidad y del establecimiento a que pertenezca».

Cumpliendo un precepto de la Ley de Educación de 1857 se va a crear, al año siguiente, el Cuerpo de Facultativos de Archivos y Bibliotecas, por lo que a partir de los años sesenta algunas bibliotecas públicas pueden contar con personal del citado Cuerpo, pero la

inmensa mayoría no; por ello es el propio personal docente de los centros de enseñanza secundaria el que se encarga del cuidado de ambas bibliotecas la provincial y la del instituto, teniendo en cuenta que, a veces, separar ambas es difícil en algunas provincias.

En la segunda mitad del siglo se pone de manifiesto un hecho de capital importancia para los gestores de las bibliotecas de institutos (que recordemos, suelen ser también provinciales): existe una ingente cantidad de volúmenes procedentes de la desamortización, de temática fundamentalmente religiosa, con frecuencia escritos en latín y la mayoría editados entre los siglos XVI y XVIII y que, generalmente, no están bien catalogados ni clasificados.

Las necesidades de los centros educativos requerían otro tipo de obras con características diferentes, como que hubiesen sido editadas en fechas más recientes, que estuviesen escritas en español (o en alguno de los idiomas europeos que se encontraban a la cabeza del desarrollo científico y técnico, como francés, inglés o alemán), que contuviesen los avances más recientes en las distintas disciplinas, que tuviesen una temática variada (de ciencias y de letras, que abarcasen tanto la literatura y la historia, como la física, la química, la botánica, la geología, etc. y muy especialmente estas últimas, de las que las bibliotecas españolas carecían y cuya edición aquí era muy escasa) y que se ajustasen a las necesidades de un centro de enseñanza secundaria (es decir, obras más bien generales, como tratados y manuales, aunque con un cierto grado de especialización, pues el instituto representa en muchos casos casi el único centro cultural de toda la provincia).

La herencia recibida del Antiguo Régimen, es decir las bibliotecas de antiguos conventos y monasterios desamortizados, no resuelve las necesidades de los nuevos tiempos; se necesita algo nuevo; se necesita una política de adquisiciones realista y con nuevos objetivos.

Este proceso de formación de bibliotecas actualizadas será una tarea lenta, pero constante a lo largo de la segunda mitad de la centuria. Aunque el instituto de San Isidro no reciba fondos de la desamortización, su biblioteca se verá inmersa en esa corriente de modernización, es decir, de actualización, de asemejarse al resto del continente europeo.

Sin embargo con el transcurrir del tiempo se va haciendo patente que la labor de los liberales se había quedado «corta» y las críticas aparecen; así encontramos, por ejemplo, la crítica del político y

escritor Nicolás Díaz y Pérez, que nos informa de la situación general de las bibliotecas de los institutos en los años ochenta: ...las bibliotecas en muy pocos [institutos] están organizadas, ni prestan servicio público, ni aun limitado para los alumnos...¹⁰

3. *La biblioteca del instituto de San Isidro*

Debido a las características del ISI, que era un instituto situado en una ciudad con universidad, no recibió fondos de la desamortización. Además la capital del reino contaba con varios centros literarios y bibliotecas; concretamente una de éstas estaba localizada en el mismo edificio del ISI: la Biblioteca de los Reales Estudios de San Isidro¹¹ que dependía de la Universidad de Madrid y que ocasionaría frecuentes confusiones con la propia biblioteca del instituto.¹²

Cuando el ISI adquiere autonomía de la Universidad Central, se va formando como institución con entidad propia. Para poder ejercer su tarea docente necesita contar con material de apoyo didáctico en todas las materias de la enseñanza secundaria, por lo que su biblioteca va surgiendo de forma «automática», por sentido común, al ir adquiriendo libros y revistas.

La primera noticia sobre la existencia de libros aparece en un «Inventario de los efectos existentes en el Instituto de San Isidro, formado en virtud de orden del Exmo. Señor Rector de esta Universidad», fechado el 30 de junio de 1853¹³.

¹⁰ Nicolás Díaz y Pérez, *Las bibliotecas de España en sus relaciones con la educación popular y la instrucción pública*, Madrid, Tipografía de Manuel G. Hernández, 1885, p. 87.

¹¹ Véase la tesis doctoral de Aurora Miguel Alonso que estudia la biblioteca desde su etapa jesuítica hasta su integración en la Universidad de Madrid a mediados del siglo pasado.

¹² Así por ejemplo en 1889 doña Petra de Emparanza decidió donar 1.050 volúmenes a la biblioteca del ISI, sin embargo la Dirección general de Instrucción pública los envió a la biblioteca universitaria denominada de San Isidro, situada en el mismo local y que contaba con varios bibliotecarios e instalaciones más adecuadas. La voluntad de la donante no era esa, pero por confusión o por otro motivo se produjo el malentendido. Archivo General de la Administración, E.C., Ca. 6.736.

¹³ Archivo Histórico de la Universidad Complutense de Madrid, serie Rectorado, Ca. 1.

En los años sesenta el ISI tiene autonomía suficiente como para plantearse la adquisición de material científico.

El «Reglamento de los Establecimientos de Segunda Enseñanza» de 22 de mayo de 1859 recoge en su artículo 96 la obligatoriedad de elaborar anualmente unas memorias que recogiesen los aspectos más importantes de cada curso académico; gracias a ellas podemos conocer, en algunos casos, las adquisiciones de libros y el dinero dedicado a tal fin.

En la memoria leída en la inauguración del curso 1861-62 aparece por primera vez una mención a la necesidad de crear una biblioteca propia:

Sería muy útil formar en una de las salas del Instituto, que se podría habilitar para este objeto, una pequeña Biblioteca de las obras clásicas elementales más acreditadas en cada una de las asignaturas que comprenden los Estudios Generales y de Aplicación de segunda enseñanza.¹⁴

Las memorias que se publicaban anualmente recogen los «aumentos del material científico» como muestra de la necesidad de dotar adecuadamente los gabinetes para la enseñanza. Dentro del material científico se incluyen libros y revistas.

Los catedráticos comienzan a demandar la formación de una biblioteca propia. Lo que se consigue a través de donaciones, que siempre se aceptan aunque muchas veces no son pertinentes (como fue el caso del «Anuario del Real Observatorio de Madrid» o el «Saber de Astronomía del rey D. Alfonso», esta última, obra lujosa, pero de escaso valor para un centro de enseñanza) y compras, que al principio eran escasas, pero que se van incrementando con el tiempo.

¹⁴ Memoria acerca del estado del Instituto de 1ª clase de San Isidro de Madrid (antiguos Reales Estudios del mismo nombre), leída el día 16 de setiembre de 1861 por el Director y Catedrático de Psicología, Lógica y Ética del mismo Doctor D. Juan Antonio de la Córte y Ruano-Calderon, Caballero del Hábito de la Orden Militar de Santiago, Maestrante de la Real de Ronda, auditor honorario de marina, Académico de mérito y de número de varias corporaciones científicas de España y Ultramar, etc. en el acto solemne de la apertura del curso académico de 1861 a 1862, Madrid, Imprenta de D. Alejandro Gomez Fuentenebro, 1861, p. 19.

Para poder adquirir obras por compra se necesita contar con los recursos pecuniarios adecuados. Un elemento crucial y que ocasionará continuos problemas a los responsables del ISI.

Como norma general, del apartado de gastos de personal y material se dedica una parte a comprar libros. Pero frecuentemente los recursos eran insuficientes y se disponía de ellos de una manera bastante irregular.

En los años setenta comienzan a llegar fondos de los bienes desamortizados por la ley de 1855, aumentan las adquisiciones y se comienza a pensar en habilitar un lugar especial para biblioteca. Aunque el grueso de esos ingresos extraordinarios va a ir destinado a incrementar los gabinetes, en años sucesivos se dedicará un mayor porcentaje de dinero a la compra de libros, ya que se considera que los gabinetes estaban suficientemente bien equipados.

En los años setenta comienza a plantearse la necesidad de contar con un local propio para destinarlo a biblioteca¹⁵; pero las buenas intenciones de los responsables del centro no pasarían del papel, pues hasta bien entrado el siglo XX no se contaría con un local adecuado para albergar los libros.

Del análisis de los datos (que no son muy abundantes ni homogéneos para poder hacer estudios estadísticos más amplios) extraídos de las memorias anuales, podemos obtener una visión general de la política de adquisición, que tenía las características esenciales siguientes: existe una clara dicotomía entre las obras que ingresan por donativo y las que lo hacen por compra, mientras que las segundas son las más adecuadas para los fines de la biblioteca, las primeras, generalmente, no son las más idóneas para la biblioteca de un centro de enseñanzas medias; la mayoría son obras de edición reciente; llegan al centro libros editados en otros países europeos (fundamentalmente Francia), en diversos idiomas (sobre todo francés, inglés y alemán) y, muchas veces, sin traducir (de todo ello deducimos que el contacto cultural con el resto del continente era relativamente intenso); de temática amplia (se atienden todos los

¹⁵ *Memoria acerca del estado del Instituto de San Isidro de Madrid (antiguos Estudios del mismo nombre), leída el día 1º de octubre de 1871 por el Director y Catedrático de Historia Natural del establecimiento Dr. D. Sandalio de Pereda y Martínez, académico numerario de la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y de la de Medicina, en el acto solemne de la apertura del curso de 1871 á 1872, Madrid, Oficina Tipográfica del Hospicio, 1871, p. 14.*

campos del saber —literatura, historia, lingüística, geografía, física, química, matemáticas, botánica, etc.— sin descuidar ninguno, llegando, a veces, a un grado de especialización que supera el de las enseñanzas medias); además hay que considerar la suscripción a publicaciones periódicas, destacando las revistas científicas nacionales e internacionales.

A pesar del limitado número de obras que se adquirían anualmente (varias decenas) y de la irregularidad de tales adquisiciones, lo cierto es que el ISI estaba abierto al influjo cultural y científico de países como Francia, Alemania o Inglaterra, y que las suscripciones a revistas se mantuvieron durante toda la centuria, a pesar de la etapa de problemas económicos por que atravesará el centro a finales de siglo. La ciencia europea se estaba infiltrando y difundiendo, incluso en los centros de formación no superior; a pesar de todas las limitaciones y del retraso que había supuesto la etapa 1808-1833¹⁶.

Por Real decreto de 14 de noviembre de 1874 el Estado se hace cargo de nuevo del centro (durante un tiempo había dependido de la diputación provincial) y el presupuesto del ISI entra a formar parte del presupuesto general de Instrucción pública. Se recibe dine-

¹⁶ José M. López Piñero define ese «periodo de catástrofe» como una etapa de «colapso de la actividad científica española» [pag. 14], pues se frenan los avances de la Ilustración, debido a las guerras, la situación de crisis de las estructuras socio-políticas, la ruina económica, la conversión de España en una potencia de segundo orden dentro del conjunto europeo; pero principalmente por la represión absolutista de las ideas liberales (que solían venir unidas a la modernización y desarrollo científico, tomando como modelo otros países europeos). José M. López Piñero (ed.), *La ciencia en la España del siglo XIX*, Madrid, Marcial Pons, 1992.

Este mismo autor divide el desarrollo científico español decimonónico en tres etapas: el periodo de 1808-1833 que es de colapso y donde se abunda en la separación y retraso de España respecto al resto del continente; un segundo periodo o «etapa intermedia» que abarca el reinado de Isabel II, en que nuestro país comienza a salir de ese retraso y la ciencia se introduce en las instituciones académicas; y un tercer periodo, a partir de 1868 de mayores avances científicos. En lo que se refiere al ISI y su biblioteca esas etapas están también marcadas: durante el reinado de Isabel II el centro se reforma y se moderniza, comienza a crearse su biblioteca; a partir de los años setenta la biblioteca se desarrolla con la adquisición de obras europeas, con el contacto (tanto personal de algunos profesores, como a través de los libros y las revistas científicas) con el resto de Europa.

ro que se dedica a gastos de material y los representantes del centro piden que se consigne una cantidad fija todos los años para aumento del material científico (pues en los años anteriores esos ingresos formaban parte del apartado de material en general, y dentro del mismo, las obras de reparación del edificio absorbían gran parte de los recursos). Ello se conseguirá poco después, al permitirse a los institutos destinar a material científico una parte de los ingresos recaudados en el centro por derechos académicos¹⁷; sin duda un acontecimiento significativo ya que permite el incremento de los recursos para compra de libros y suscripciones a revistas.

Anualmente se elaboraba un proyecto de inversión que distribuía las cantidades ingresadas en los diferentes conceptos (compra de libros, suscripción a revistas, reparaciones, compra de material para los gabinetes, etc.) y se mandaba al Ministerio de Fomento para que éste diese su visto bueno. Si en la cuestión de los libros de texto el control político de las actividades académicas fue una de las constantes del siglo (en los momentos de gobiernos de las fuerzas conservadoras) no parece que la adquisición de obras para las bibliotecas preocupase demasiado a la administración (ni para controlarla, ni para fomentarla) y era el profesorado el que se ocupaba de definir la política adquisitiva.

Con los recursos económicos nuevos que comienzan a afluir en los años setenta, cambia la orientación de la biblioteca y comienzan a llegar obras editadas fuera de España¹⁸; el fondo va aumentando y se precisa contar con mobiliario adecuado:

Aumento de material científico: Según aparece en el cuadro correspondiente, la suma que ha ingresado en esta Secretaría con destino al objeto expresado, ha ascendido á 8.300 pesetas y 30 céntimos, cuya cantidad se invertirá (una vez aprobado por la superioridad el proyecto presentado al efecto) en la adquisición de nuevos aparatos para los respectivos gabinetes, arreglos de las aulas, y en completar todo lo posible la biblioteca que ha empezado á for-

¹⁷ *Resúmen acerca del estado del Instituto de S. Isidro de Madrid (antiguos Estudios del mismo nombre) en el curso de 1877 a 1878 por el Dr. en Ciencias y Catedrático D. Bernardo Rodríguez Largo, Secretario del Establecimiento, Madrid, Alejandro Gomez Fuentenebro, 1879, p. 11.*

¹⁸ Véase el Anexo que contiene el listado de las obras adquiridas en el curso 1877-78.

marse, adquiriendo á la vez una estantería adecuada para contener los no escasos volúmenes con que ya cuenta, y de que se dará noticia en su día con el correspondiente catálogo¹⁹.

Sin embargo para la elaboración del citado catálogo, que se preveía inminente, todavía tendrían que transcurrir cincuenta años. Desafortunadamente no contamos con ningún catálogo ni inventario de la biblioteca durante el siglo XIX. El ISI no contaba ni con un bibliotecario, ni con recursos para encargar a alguien la formación del mismo.

Por esas fechas, y ya antes, al final del reinado de Isabel II, habían aparecido críticas a las deficiencias de medios científicos con que contaba el país, en este caso de bibliotecas en institutos de enseñanza media, a pesar de los buenos deseos iniciales de los liberales. Como muestra de las mismas véase el siguiente texto:

[...] que en todas las Bibliotecas de Instituto se forme un índice bibliográfico completo de las obras existentes en los establecimientos de esta índole, que pudiera servir de guía ya para los profesores, ya para los alumnos cuya aplicación, encerrada en los estrechos límites de una localidad, por lo regular pequeña y separada del movimiento científico, necesita más anchos horizontes, y también para que las adquisiciones que se hagan sean más convenientes y oportunas [...] para eso se necesita montar ordenada y sistemáticamente el servicio de las Bibliotecas, dotándolas del personal indispensable y con los conocimientos propios del rango [...] y así, el día que en España llegue a comprenderse lo que son las Bibliotecas y los libros y el objeto a qué y cómo deben ser destinados, habrá menos que hacer²⁰.

En los años ochenta el Gobierno decide revocar la normativa anterior que permitía dedicar una parte de los derechos académicos a la adquisición de material científico, lo que ocasiona quejas generalizadas del profesorado pues suponía un duro golpe para el desa-

¹⁹ *Resumen acerca del estado del Instituto de S. Isidro de Madrid (antiguos Estudios del mismo nombre en el curso de 1878 a 1879 por el Dr. en Ciencias y Catedrático D. Bernardo Rodríguez Largo, Secretario del Establecimiento, Madrid, Alejandro Gomez Fuentenebro, 1880, p. 11.*

²⁰ Texto que aparece sin firmar en la página 29 de *La enseñanza, revista general de instrucción pública y particular de archivos y bibliotecas*, nº 2 (1865).

rollo de la docencia de tipo práctico que se estaba imponiendo de acuerdo con los presupuestos pedagógicos del siglo, y muy especialmente para la biblioteca. El monto obtenido en el curso 1886-87 se va distribuyendo en los años sucesivos; a mediados de la década de los años noventa prácticamente se han agotado los recursos:

Agotado casi por completo el crédito que existía en cursos anteriores para proveer a la adquisición de material científico correspondiente a los Gabinetes de este Instituto, sólo ha podido atenderse en este curso a la compra de los productos más necesarios en la explicación de la clase de Química, la de algunos libros de consulta, y al pago de las suscripciones científicas y literarias que hace tiempo sostiene este Establecimiento²¹.

No disponemos de ningún tipo de registro de usuarios de los libros; pero teniendo en cuenta su ubicación, su falta de ordenación, etc. no debían ser muy consultados fuera del ámbito del profesorado.

A pesar de los avances conseguidos desde 1845, a finales de siglo la situación de la biblioteca era la siguiente: no se dispone de un lugar adecuado para la colocación ordenada de los libros; se carece de bibliotecario; la financiación es muy escasa; el fondo está sin catalogar y los usuarios son mayoritariamente profesores.

Durante la Restauración arrecian las críticas contra las bibliotecas españolas (y la del ISI no será una excepción a los defectos que se denuncian) especialmente desde posiciones políticas progresistas y demócratas:

Las bibliotecas en muy pocos están organizadas, ni prestan servicio público, ni aun limitado para los alumnos.

No acertamos a comprender para qué están los libros guardados en los estantes de las bibliotecas de nuestros Institutos; porque si no se facilitan a los estudiantes que necesitan de ellos, ¿para qué se han comprado?²².

²¹ *Resumen acerca del estado del Instituto de S. Isidro de Madrid (antiguos Estudios del mismo nombre) en el curso de 1894 a 1895 por el Dr. en Ciencias y Catedrático D. Bernardo Rodríguez Largo, Secretario del Establecimiento, Madrid, Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, 1896, p. 9.*

²² Nicolás Díaz y Pérez, *De la Instrucción Pública*, Madrid, Imprenta de Manuel G. Hernández, 1877, p. 92.

Pocos centros contaban con bibliotecas bien formadas, adecuadamente atendidas, con locales dignos, con un servicio a los usuarios eficiente, catalogadas y organizadas.

El caso de las bibliotecas es uno de los muchos, que muestran las buenas intenciones iniciales de la revolución liberal, que en origen, a principios del XIX, pretende cambiar de raíz el mundo del Antiguo Régimen, los vicios de las universidades, la decadencia de la enseñanza y la cultura, el aislamiento de España de la ciencia europea, el excesivo peso de la Iglesia en la enseñanza, etc.

Los políticos planificaron ese cambio radical y tuvieron que ir venciendo las resistencias que imponía la tradición. Sin embargo, para bien o para mal, la realidad cotidiana de los centros de enseñanza, en sus diferentes grados (primario, secundario y universitario), a veces, se encuentra alejada de las disputas políticas y tiene su propia dinámica. Así la biblioteca del ISI surge más por lógica del centro en que se encuentra que por una voluntad política superior definida y clara de crear una biblioteca en un momento concreto y dotarla de los medios adecuados para su pervivencia y engrandecimiento.

Al igual que la Universidad Central no logra deshacerse del lastre que había heredado de Alcalá (escasez de medios, tendencia a la burocratización frente a la innovación científica, otorgar más importancia a las formas externas que al fondo del desarrollo científico y cultural, etc.) las otras instituciones educativas ligadas a ella mostrarán también limitaciones considerables. Una brecha difícil de colmar entre las ideas revolucionarias de comienzos del siglo pasado y las realidades que se van imponiendo. El desastre del 98 será el detonante que haga aflorar todas las limitaciones y contradicciones de esa época.

En la centuria siguiente comienzan las tareas de organización del fondo, dotación de los medios adecuados para su incremento, adecuación de un local equipado para albergarlo, creación de una biblioteca específica para el alumnado, etc. Pero eso forma parte de una futura investigación.

Podemos concluir afirmando que la biblioteca del ISI supone un ejemplo de apertura de la cultura hispánica al resto del continente al mismo tiempo que un fracaso institucional y organizativo, como consecuencia de la necesidad de adaptar los presupuestos utópicos liberales a la realidad decimonónica española.

Genaro Luis García López
Universidad Carlos III de Madrid

ANEXO

LISTADO DE ADQUISICIONES DE LA BIBLIOTECA DEL ISI
EN EL CURSO 1877-78

Roby. *Latin grammar*
 Curtius. *Gramatica Grecca*
 Schleicher. *Gramatica comparativa*
 Gubernatis. *Piccola enciclopedia*
 Ascoli. *Glottologia*
 Fornaciari. *Gramatica Storica*
 Saint. *La langue latine*
 Burggraff. *Grammaire générale*
 Pictet. *Origenes Indo-Europeennes*
 Dorchel. *Lateinischen*
 Brambach. *Orthographie*
 Draeger. *Syntaxund Stil des Tatitus*
 Fick. *Worterbuch der Indogermanischem sprachen*
 Holze. *Sinstaxis latinorum*
 Corsen. *Kritische nachtragl*
 Corsen. *Kritische Beitrage*
 Diez. *Grammaire des langues romaines*
 Roceler. *Manipulations Hydroplastiques*
 Fuster. *Mapa físico y geológico de la tierra*
Guia Oficial de 1.879
Boletin Oficial del Ministerio de Fomento (suscripción)
Viaje a Oriente (suscripción)
 Publicaciones de la Comision del mapa geológico de España (suscripción)
Anales de Historia Natural (suscripción)
Revue scientifique de la France et de l'etranger (suscripción)
Revue politique et littéraire (suscripción)
Les mondes (suscripción)
Ilustracion Española y Americana (suscripción).

Fuente: *Resumen acerca del estado del Instituto de S. Isidro de Madrid*
 (antiguos Estudios del mismo nombre) en el curso de 1877 a 1878 por el Dr.
 en Ciencias y Catedrático D. Bernardo Rodriguez Largo, Secretario del Esta-
 blecimiento, Madrid, Alejandro Gomez Fuentenebro, 1879, p. 54.